

cia y a pesar de creer a pie juntillas en la infalibilidad del método, explicado con discos a propósito, fracasa en la realidad, como es de suponerlo. Cuando parece que la ingenuidad y la buena salud moral del héroe campesino van a destacarlo sobre los demás y hacerlo triunfar en la metrópoli, resulta que lo impone su propia estupidez. Todo lo contrario de lo que ocurre en Iberoamérica donde el huaso o el gaucho ganan las contiendas a fuerza de ser astutos y reservados. En el film yanqui, la candidez está tan amalgamada con la tontería que todos los protagonistas, incluso el público, deben «tontificarse» para compartir las alegrías y las supercherías descabelladas del ecran. No se observa esa gracia loca, pero ingeniosa, de los Hnos. Marx que distrae y divierte. No sabemos para qué categoría de público se gastan dólares en esta clase de películas. En Chile, un niño de siete años podría descubrirles su terrible desabrimiento y necesidad.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-229CVGM10229>

#### CUÉNTAME TU VIDA.

Una película anunciada con un fundamento de psicoanálisis y revisión de los sueños, interpretada, además, por grandes actores, debía, necesariamente atraer público refinado: hombres de libro gordo en la mano derecha, mujeres de cabellos platinados y mirada color nicotina. La difícil e insegura ciencia del psicoanálisis, divulgada por Freud, que significa un método de conocimiento introspectivo que puede acercarnos a la plenitud de otras épocas, se presta a la charlatanería y al disparate. No obstante, la moda no incomoda y las modas intelectuales son más apremiantes que las del sombrero o del vestido. Pero el reparto de la cinta no puede ser más promisor: protagonistas de primera categoría y cooperadores técnicos, entre los que anotamos el nombre de Salvador Dalí, como decorador, y la mención de un psiquiatra famoso que infunde seriedad a la composición del argumento. Después comienza el film bajo la invocación de un lírico epígrafe de Shakespeare. No cabe mayor exigencia en materia de «mise en scene».

Adelantaremos algo de la acción para disponer los elementos de juicio. En una clínica de psiquiatría laboran varios médicos y una doctora. La clínica es lujosa, muy diversa a nuestros hospitales de orates, donde los médicos se lavan las manos en un balde. La modernidad de la clínica exige que con el fin de curar a los enfermos se empleen los procedimientos terapéuticos más evolucionados. Entre ellos el psicoanálisis, o sea la catarsis contemporánea que consiste en la búsqueda de los recuerdos-claves perdidos y en la interpretación de los sueños como poderoso auxiliar de la misma tentativa. Sabido es que los sueños relacionan deseos y aspiraciones fracasadas. Sólo que, según los técnicos del alma humana, debe investigárseles antes que los corrija la memoria para que las imágenes salten sugerentes, frescas y puras. La doctora de la clínica es muy hermosa, pero se encuentra con la vitalidad inmovilizada bajo su coraza de conocimientos y de métodos analíticos. Uno de los médicos le dice en chiste: —¡Besarla a usted es como besar un texto!

¿Y qué sucede? Pues, que está anunciado el arribo a la clínica de un médico prestigioso y sabio que deberá reemplazar a otro de los más antiguos. La primera mirada que se dan la doctora con el recién venido demuestra que la chispa amorosa ha saltado y que de ahí en adelante la película se concretará a buscar situaciones que favorezcan el roce de ambos. No obstante, cuando el crítico espectador empieza a descubrir que el tal médico galán no tiene un ápice de hombre científico, la acción enseña que el amante de la doctora no es más que un impostor paranoico y tal vez un asesino. Pero la mujer científica ya está flechada y toma a su amante como un caso de parania que es necesario conducir a la luz de la razón. La empresa es dura y larga; incluye una asociación muy bien lograda de los recuerdos del perturbado y una hermosísima y poética escena suprarrealista, destinada a describir los sueños del enfermo y en la cual se adivina la mano genial del «decorador» Salvador Dalí. También la realidad se entremezcla, muy atinada y artísticamente con la

fantasía, de modo que el espectador sigue en forma casi objetiva una historia de naturaleza vaga, desparramada y abstracta, como es el delirio. Hasta que viene el desenlace deplorable, ingenuo y absurdo, de mala película policial. El paranoico, a quien se acusa de asesinato, tan bien amado por la doctora, es, por cierto, inocente. La causa de su perturbación debe relacionarse con su complejo de culpa, pues siendo niño causó, debido a un accidente fortuito, la muerte de su hermano pequeño. Pero el auténtico asesino del médico famoso a quien el enfermo suplantó, convencido de su destino de criminal, es nada menos que uno de sus colegas de la clínica de psiquiatría, el más antiguo y respetable. ¿Motivo del crimen? El hecho de que la víctima sería su sucesor. Como podrá apreciarse, no puede ser más absurdo y con él se malogra una película amena y artística, con algunas escenas de obra maestra.